

EL MOVIMIENTO 26 DE JULIO Y LOS ESTADOS UNIDOS. CONFLICTIVIDAD Y TANTEOS

Suárez: La Orden Militar 30, de 22 de junio del 1958, dispuesta por Raúl Castro, para la detención de ciudadanos estadounidenses condujo a una situación bien conflictiva. ¿Puede explicarla?

Buch: Cuando fracasó la huelga de abril, Batista preparó y desencadenó una gran ofensiva militar. Simultáneamente, atacaron al Primer Frente, donde estaba Fidel, y al Segundo Frente, donde estaba Raúl. Pero el grueso del esfuerzo militar, la mayor cantidad de hombres y medios, la mayor actividad bélica, se concentró contra el Primer Frente. Ahora, no fue escaso el despliegue y la ferocidad con que avanzaron contra el Segundo Frente. Contra el territorio dominado por las fuerzas de Raúl, que se habían desplazado al norte y al este de Oriente a partir de marzo, fueron particularmente intensos e indiscriminados los bombardeos y ametrallamientos aéreos, con la particularidad de que tenían por blanco principal a las poblaciones campesinas, lo que provocaba la muerte de decenas de personas inocentes, cuyo único delito era vivir en una zona de guerra.

Esos ametrallamientos y esos bombardeos contra la población civil estaban prohibidos por convenios internacionales de los que el propio Estado cubano era signatario. Era una política genocida, que había que detener, a cualquier precio. ¿Qué hacer?

Ten en cuenta de que los aviones que se usaba en aquellas operaciones eran de fabricación norteamericana. Los pilotos, los artilleros y los mecánicos que los tripulaban habían sido formados por especialistas norteamericanos. Las bombas que se lanzaba desde los aviones eran fabricadas por consorcios norteamericanos y suministrados en virtud de la ayuda que los Estados Unidos le brindaban a Batista, y se tenía pruebas fehacientes de que en la base naval de Guantánamo se estaba aprovisionando de armas y municiones a la dictadura; armas y municiones que eran usadas de inmediato para ametrallar y bombardear a la población civil en los territorios liberados. En consecuencia, Raúl ordenó la detención de los ciudadanos norteamericanos que residiesen

en la zona donde actuaba el Segundo Frente, con el propósito de que observaran y sirvieran como testigos directos de la complicidad y responsabilidad que tenía su propio Gobierno en el exterminio de la población civil de los territorios guerrilleros, y para que fueran un elemento que disuadiera y detuviera, de ser posible y suficiente, los bombardeos y ametrallamientos.

Suárez: ¿A cuántos norteamericanos se detiene?

Buch: ¿Con exactitud? Deja ver: el primer día, fueron detenidos diez norteamericanos y dos canadienses, en Moa. Al día siguiente, a veintinueve *marines* que iban de regreso a la base naval de Guantánamo. También hubo detenidos en dos centrales azucareros, y en Nicaro y Guaro. En total, cuarenta y nueve.

Suárez: ¿Y por qué se detiene a ciudadanos canadienses?

Buch: Por error. Como los canadienses hablan inglés, se les confundió. Fue un error lamentable, pues Canadá mantenía una política respetuosa hacia la soberanía cubana. No interfería en nuestros asuntos internos, se mantenía neutral.

Suárez: ¿Lograron la suspensión de los bombardeos y ametrallamientos con la detención y retención de los ciudadanos estadounidenses?

Buch: Rápidamente. Batista no demoró mucho en ordenar la suspensión de aquellas misiones aéreas.

Los norteamericanos fueron detenidos y llevados hacia las zonas de mayor control guerrillero. Se les probó fehacientemente la criminalidad de la política de Batista y la complicidad del Gobierno de su país en ello. Se les mostró los efectos de los bombardeos, además de que tuvieron la oportunidad de comprobar el efecto que los bombardeos provocaban, y se usó las fotografías que se había obtenido de cómo los aviones de la tiranía se pertrechaban en la base naval de Guantánamo, al propio tiempo que se abastecían de combustible. Estas fotografías daban la posibilidad de mostrarles a los ciudadanos norteamericanos y canadienses el apoyo que les daba el Gobierno norteamericano a los asesinos de mujeres, niños y ancianos indefensos, ametrallados desde el aire, y de que ellos y sus familiares, como residentes en el territorio, podían sufrir daños como consecuencia de los bombardeos que se realizaba indiscriminadamente. Las fotos también fueron entregadas a los periodistas norteamericanos.

Aunque los bombardeos y ametrallamientos cesaron rápidamente, los norteamericanos tuvieron oportunidad de comprobar la criminalidad

de esta política y la responsabilidad que le pertenecía a su Gobierno en ello, así que los dos objetivos principales de la Orden Militar de Raúl fueron cumplidos.

Suárez: Pero esta Orden Militar de Raúl fue dada, pese a su trascendencia y a sus posibles consecuencias, sin consultar y sin obtener la aprobación de Fidel.

Buch: Las comunicaciones entre el Primero y Segundo frentes eran dificultosas, pues se hacían mediante mensajeros, y en el momento en que se origina aquella situación, los dos frentes estaban sometidos a un cerco militar que dificultaba esta forma de comunicación. Esta situación de incomunicación influyó también en cuanto a la duración de la crisis.

Raúl envió a Jorge Serguera Riverí y a Arturo Lince al Primer Frente para informar a Fidel de las causas de la medida, de la situación de los retenidos y para recibir instrucciones en el caso. Para una de las cosas que sirvió esta situación fue para que se resolviera definitivamente estas dificultades para la comunicación rápida y segura entre los frentes guerrilleros, pues *Papito* Serguera y Eduardo Fernández se pusieron de acuerdo en cuáles frecuencias y de qué manera establecer la comunicación por vía radial entre Radio Rebelde, que era identificada como 7.R.R., y la emisora del Segundo Frente, que quedó identificada como 8.S.F., para mantener un consecutivo.

Suárez: Pero la incomunicación radial de Raúl no sólo era con Fidel, sino también con Venezuela.

Buch: Ciertamente. Por eso, cuando se establece las comunicaciones entre los dos frentes, nosotros también comenzamos a tener comunicación bidireccional, con Fidel y con Raúl. Nosotros llegamos a tener comunicación directa con el Segundo Frente, mediante un cifrado especial que debía utilizarse en situaciones muy excepcionales, cuando no fuera posible establecer comunicación directa con la Sierra Maestra. Se hizo por medio de un diccionario bilingüe español-italiano. Haydée Santamaría fue la encargada de hacerlo llegar al Segundo Frente, sólo que la clave era más simple, pues los números correspondientes a las páginas del diccionario no tenían variaciones. Este cifrado sirvió luego para las comunicaciones entre los dos frentes, pero esto es después de esta crisis de la detención de los norteamericanos.

Cuando se produce las detenciones, que nosotros nos enteramos en Caracas por los medios de las agencias internacionales de prensa que

dieron la noticia mediante *flash*, nos comunicamos desde Dos Indios Verdes con Radio Rebelde y le informamos a Fidel de la situación, pues hasta ese momento él carecía de información al respecto.

Suárez: ¿Y cómo se resolvió la crisis?

Buch: Primeramente, se realizó negociaciones directas entre Raúl y los funcionarios consulares norteamericanos en Santiago de Cuba, Wollam y Wiecha. Estas conversaciones avanzaron.

Los norteamericanos tenían interés particular en que Fidel interviniera en el asunto, en su calidad de Comandante en Jefe del Ejército Rebelde, pero no tenían forma de comunicarse directamente con él, ya que no era técnicamente posible establecer comunicación radial entre las plantas de radio de la base naval, donde tenían ellos su puesto de mando, y Radio Rebelde, que transmitía en onda corta y no era escuchada en la base naval. Entonces, se comunicaron con nosotros mediante Dos Indios Verdes, en Caracas, y de esta manera se hizo un puente: Base Naval de Guantánamo-Caracas-Sierra Maestra. Así continuaron las negociaciones, que concluyeron con la liberación de los detenidos.

Suárez: ¿Qué saldos, positivo y negativo, tuvo la crisis?

Buch: Es obvio que detener a ciudadanos extranjeros y tenerlos retenidos durante varios días en la Sierra del Cristal con determinados propósitos políticos y militares tiene un costo. Por supuesto, que nos atacaron por haber procedido al secuestro de civiles extranjeros, y claro, esto lesionó la imagen del Movimiento 26 de Julio. Ese, si se quiere, es el saldo negativo de la *Operación Antiaérea*, que fue como dio en llamarse a aquella determinación de Raúl.

Ahora, la situación de comprometimiento y complicidad de los Estados Unidos con Batista quedó al descubierto, y quedó desnuda también la política genocida de la dictadura; se logró también que los Estados Unidos negociaran directamente con el Ejército Rebelde, ignorando al Gobierno de Batista. Ah, y se logró, además, que cesaran por un tiempo los bombardeos y ametrallamientos a la población civil del Segundo Frente.

La base naval propuso poner a disposición del Ejército Rebelde un helicóptero, que partiera de un buque de guerra que situarían al sur de la Sierra Maestra, para recoger a un oficial que determinaría Fidel, con la orden de liberación de los ciudadanos norteamericanos retenidos; pero ello no llegó a efectuarse.

Suárez: Por esa misma fecha, algo después, se produce el conflicto del acueducto de Yateritas. ¿El conflicto en torno a Yateritas, fue provocado o casual?

Buch: Provocado. Eso fue una jugada de Batista, en contubernio con el Embajador norteamericano en La Habana, Earl Smith. Cuando este problema se presenta, ya ha terminado en un fracaso la ofensiva de verano y es inminente una contraofensiva rebelde, y en esas circunstancias, Batista decide retirar la custodia militar al acueducto de Yateritas, que tenía por finalidad abastecer de agua potable a la base naval de Guantánamo.

¿Qué buscaba Batista? Pues que, al retirarse los operarios y custodios cubanos, las instalaciones tuvieran que ser ocupadas por los norteamericanos, y que estos quedaran responsabilizados con el cuidado, mantenimiento, funcionamiento y la protección de las instalaciones. Por supuesto, esta presencia militar de los norteamericanos, fuera ya del perímetro de la base naval de Guantánamo, en territorio controlado por el Segundo Frente, podía originar un incidente armado con los rebeldes, y era lógico que algo de esto pudiera ocurrir, porque para el Movimiento 26 de Julio sería inaceptable aquella ofensa a la soberanía nacional. Bastante teníamos ya con que ellos estuvieran en Guantánamo y que desde aquella base naval se abasteciera de armas y municiones a la tiranía. Es evidente que la intención de fondo era provocarle un conflicto internacional a la Revolución, que pudiera servir de pretexto para la intervención de los Estados Unidos en nuestro conflicto, en favor de la dictadura, dadas la complicidad y alianza entre Batista y ese país.

“Juégatela al canelo”, que los yanquis iban a alegar lo que siempre han hecho en estos casos para intervenir: que sus intereses estaban siendo afectados o estaban en peligro y que su intervención tenía por sólo propósito el proteger estos intereses. La cantaleta de siempre.

Suárez: ¿Esto ocurre a finales de julio?

Buch: Exactamente, el 28 de julio. Se retiraron las tropas batistianas y el personal cubano del acueducto de Yateritas y en su lugar llegaron los *marines* yanquis. Fue una operación bien calculada, pues desde abril había, y esto lo reconoce Smith en sus memorias, un acuerdo entre los dos gobiernos, para proceder de esta manera en caso de que Batista decidiera desatender el acueducto.

Suárez: ¿Y cómo reaccionó el Movimiento 26 de Julio?

Buch: Por supuesto que, de inmediato, denunciarnos la maniobra de Batista y Smith.

En Venezuela nos enteramos, como ya te dije, por medio de los cables de las agencias de noticias, que interrumpieron sus informaciones normales para dar la noticia mediante un *flash*. Apenas lo supe, en mi carácter de Coordinador General del Movimiento 26 de Julio en el Exilio, cité a William Patterson, quien estaba adscrito a la Embajada de los Estados Unidos en Venezuela con el propósito de atender los asuntos cubanos. En nombre del Movimiento 26 de Julio y del pueblo de Cuba, le dije que nosotros protestábamos por aquella acción; que no la aceptábamos de ninguna manera; que los *marines* tenían que retirarse de inmediato del acueducto de Yateritas con dirección a la base naval, y que, en caso contrario, las consecuencias serían imprevisibles. Por su parte, la posición del Departamento de Estado, aceptada por Batista, era de que Yateritas fuera declarada zona neutral.

Ese mismo día, al establecerse la comunicación con Radio Rebelde, le envié un mensaje cifrado a Fidel donde le narraba lo que había ocurrido en Yateritas y el contenido y la forma en que me había entrevistado con *Bill Patterson*. Por supuesto, que Radio Rebelde denunció la maniobra y Fidel se opuso a cualquier presencia yanqui en el territorio nacional. También se opuso a la supuesta declaración de zona neutral que propugnaban los norteamericanos, pues si el Ejército se retiraba de Yateritas, el Ejército Rebelde ocuparía la posición y a este le correspondería la facultad y la responsabilidad de aplicar las leyes y los tratados nacionales e internacionales y de preservar las instalaciones del acueducto de Yateritas.

Yo seguí en conversaciones con *Bill Patterson*, en Caracas. La posición de nosotros se mantuvo firme en lo del rechazo a la presencia de los *marines* en Yateritas. Los norteamericanos insistían en que debía declararse zona neutral, como la mejor manera para preservar y garantizar el abastecimiento de agua a la base naval.

Entonces, Fidel realiza una declaración que contenía básicamente los puntos siguientes: Primero: la posición de principio de que Yateritas era territorio nacional, por lo cual la presencia de los *marines* era ilegal y constituía una agresión a la soberanía nacional, la que debía cesar de inmediato con su retirada. Segundo: que aquella situación constituía un acto de agresión arbitraria, absurda, que de persistir, sería considerada como una provocación consciente y deliberada, como un caso de invasión de Cuba, el que sería rechazado a cualquier pre-

cio. Tercero: que el Ejército Rebelde agotaría, de forma paciente, todas las vías de solución que permitieran la evacuación de los *marines*, estando dispuesto a ofrecer garantías para que el abastecimiento de agua a la base naval pudiera realizarse sin interferencias, pues no había la intención de suprimir el suministro.

Esa declaración nosotros la recibimos por medio de Radio Rebelde. Se copió y yo se la entregué personalmente a *Bill* Patterson. A los norteamericanos no les quedó más remedio que dar marcha atrás. Aceptaron como satisfactorias, como suficientes, las palabras y las garantías de Fidel en la declaración que acabo de describirte, y ordenaron la retirada de los *marines*.

Suárez: Pero estas negociaciones tuvieron lugar sin la intervención de Batista.

Buch: Sin la intervención del Gobierno de Cuba. Batista se enteró por medio de su Embajada en Washington de que, como consecuencia de las negociaciones con el Movimiento 26 de Julio, el Gobierno de los Estados Unidos iba a revocar la orden dada a los *marines* para ocupar las instalaciones del acueducto de Yateritas, y que el anuncio lo iba a realizar el Departamento de Estado de forma unilateral, sin informar al Gobierno de Cuba, con lo cual este quedaba en una situación muy embarazosa en cuanto a su legitimidad y reconocimiento. Así que se pidió al Embajador Smith que solicitara al Departamento de Estado que se le diera participación del contenido del anuncio antes de hacerlo público. Entonces, para salvar las apariencias, Batista anunció lo mismo de forma simultánea, pero fue sólo salvando las apariencias. Eso no lo digo yo, lo ha escrito y publicado el propio Embajador Earl Smith. Tres días después de comenzada la maniobra, los *marines* tuvieron que retirarse.

El resultado final de todo aquello fue muy positivo para nosotros, pues los Estados Unidos tuvieron que aceptar lo propuesto por el Movimiento 26 de Julio, desconociendo al Gobierno de Batista, con lo que eso implica políticamente.

Suárez: ¿Y quién ocupó el acueducto de Yateritas?

Buch: El Ejército Rebelde.

Suárez: Pero Smith se queja en su libro de que el Ejército Rebelde tenía una actitud hostil hacia ellos y de que, en más de una ocasión, hubo cortes en el abastecimiento de agua, lo que llevó a que ellos evaluaran la posibilidad de introducir nuevamente a los *marines* en

Yateritas. Habla, incluso, de que en los meses posteriores a este incidente inicial hubo más negociaciones.

Buch: Efectivamente, en el tiempo en que el Ejército Rebelde se encargó del funcionamiento del acueducto, hubo tres breves interrupciones. Estas interrupciones fueron decididas por los oficiales rebeldes que atendían aquella instalación, ya que había movimientos sospechosos de fuerzas del Ejército, dirigidos a sabotear las instalaciones y atribuirles la responsabilidad a los rebeldes. Por esa razón, en tres ocasiones, por muy breve tiempo, el bombeo de agua fue suspendido, con el objetivo de garantizar la seguridad de los equipos.

Por supuesto, los norteamericanos protestaron verbalmente. Yo conversé con *Bill* Patterson el asunto; él se quejó de que Fidel no cumplía con su palabra. Rechacé enérgicamente esto y le ofrecí explicaciones en cuanto a lo que había ocurrido en realidad. Al final, se mostró comprensivo con las explicaciones, y aceptó que en la guerra que se estaba librando podía ocurrir situaciones como aquellas que motivaron las interrupciones en el suministro.

Ahora, en cuanto a la hostilidad hacia los norteamericanos, el Movimiento 26 de Julio no fue hostil. La agredida, la lastimada, había sido la soberanía de Cuba. La base naval de Guantánamo no fue un obsequio cubano, fue el resultado de una violación política, histórica. Guantánamo no está en los Estados Unidos, sino en Cuba, y, sin embargo, la tienen ellos. Las razones históricas para que fuéramos y seamos especialmente sensibles son muchas. De modo de que si, además de estar a ocho kilómetros de Yateritas, ocupando más de cien kilómetros cuadrados de territorio nacional contra nuestra voluntad, se introducen en el territorio nacional en complicidad con el tirano de turno, al que abastecen de armas y municiones, no se nos puede imputar a nosotros la hostilidad. Sí hubo hostilidad, y no la niego, esta no era gratuita y mucho menos injustificada.

Suárez: Usted ha mencionado varias veces a *Bill* Patterson. ¿Quién es realmente este hombre?

Buch: En realidad, su nombre es William Patterson, conocido por *Bill*. Oficialmente era, en el verano de 1958, que es cuando ocurren estos acontecimientos que te narro, consejero político de la Embajada de los Estados Unidos en Caracas, y a quien, dada la importancia que había adquirido esa ciudad como centro de información y operaciones del Movimiento 26 de Julio, se le encargó de que se ocupara de los asuntos cubanos.

Suárez: Entre ustedes se estableció una relación semifuncional, ¿no?

Buch: Ciertamente. Él estaba encargado oficialmente, por parte del Departamento de Estado, de atender los asuntos cubanos, y yo era el coordinador general del Movimiento 26 de Julio en el Exilio, y responsable de Relaciones Públicas.

Suárez: ¿Es *Bill* Patterson quien sirve de intermediario entre usted y el funcionario del Consejo de Seguridad Nacional de los Estados Unidos?

Buch: Sí.

Suárez: ¿Cuándo ocurre esto?

Buch: A mediados de agosto. Él se comunicó conmigo y me informó de que en breve llegaría a Caracas un miembro del Consejo de Seguridad Nacional de los Estados Unidos quien estaba de gira por El Caribe, y de que esta persona se estaba entrevistando con las máximas autoridades políticas de los distintos países, o sea, el Presidente de Cuba, Fulgencio Batista; el de Haití, quien entonces era François Duvalier, padre; el de la República Dominicana, donde ya era un dictador longevo, Rafael Leónidas Trujillo; el de Panamá, el nombre de cuyo Presidente no recuerdo ahora, y el de Venezuela, y me dijo que este funcionario oficial de los Estados Unidos quería entrevistarse, cambiar impresiones, con un representante del Movimiento 26 de Julio.

Bill Patterson me dijo que él sometía el asunto a mi consideración, que en su opinión sería bueno que se produjera la entrevista, ya que esta persona estaba muy interesada en desarrollarla, y que la consideraba de suma importancia.

Suárez: ¿Usted consultó con Fidel antes de responder?

Buch: No. Nosotros teníamos absoluta libertad, pero, naturalmente, tenía que informar de todas nuestras actividades.

Suárez: Quizá por eso mismo de no consultar es que ocurre lo del Pacto de Miami, con el cual Fidel no estuvo de acuerdo.

Buch: Eso es otra cosa distinta. En el Pacto de Miami, en la Junta de Liberación de Miami, ocurre una cosa distinta, porque los compañeros fueron allí sin autorización del Movimiento 26 de Julio para lo que hicieron. Una cosa tan importante, como un pacto de unidad con todas las organizaciones revolucionarias y políticas, hay que consultarlo. Eso creo, y los compañeros que estaban en Miami habían ido a otros problemas, de recaudación de fondos, de enviar armas a la Sierra Maestra, no desde el punto de vista político.

Suárez: ¿Qué le respondió usted a Patterson cuando le propuso sostener la entrevista con aquel funcionario?

Buch: Yo no me negué. Nosotros no nos negamos nunca a hablar sobre Cuba, sino, al contrario, hacíamos planteamientos en favor de la Revolución en cualquier lugar. Yo le dije de que no tenía ningún inconveniente en entrevistarme con aquel funcionario, y de que sólo ponía como condición que la entrevista se produjera fuera de la sede de la Embajada norteamericana.

Suárez: ¿Y dónde fue la entrevista?

Buch: *Bill* Patterson me propuso que fuera en el hotel Tamanaco, en Caracas, el 18 de agosto, a las nueve de la mañana; que sería un desayuno de trabajo y que el hecho de que se me invitara a desayunar, de acuerdo con las costumbres de su país, era un gesto de gran deferencia. Yo estuve de acuerdo.

Ese día, a la hora convenida, nos encontramos allí. Yo llegué unos minutos antes y entonces llegó *Bill* Patterson con un señor vestido de civil que venía en una silla de ruedas. *Bill* nos presentó. Nos saludamos y nos sentamos frente a frente. Recuerdo que era una mesa redonda que ya estaba preparada para el desayuno. Supongo que los norteamericanos tenían controlada con escuchas aquella conversación.

Suárez: ¿*Bill* Patterson participó de la entrevista?

Buch: Sí, y también participó el secretario de Kirkpatrick.

Suárez: ¿Y quién era este señor Kirkpatrick?

Buch: Lo supe después con exactitud. Se trataba de Lyman Kirkpatrick, quien era coronel del Ejército de los Estados Unidos, inspector general de la CIA y miembro del Consejo de Seguridad Nacional de los Estados Unidos.

Suárez: ¿Sobre qué asuntos versó la entrevista?

Buch: Hablamos abundantemente, y de muchos temas. Yo les expliqué la situación revolucionaria en Cuba, los avances militares del Ejército Rebelde, la debilidad de la dictadura, las posibilidades de triunfo de la Revolución, e hice hincapié en que el Movimiento 26 de Julio sostenía postulados democráticos.

Pero lo que para mí era más importante en aquel momento, y ese fue el centro del énfasis que puse en los distintos asuntos que abordé, fue lo relacionado con la participación de los Estados Unidos en el conflicto

cubano. En mi exposición inicial, les recordé las bases sobre las cuales el Gobierno de Carlos Prío había firmado con los Estados Unidos los convenios de cooperación militar, en 1950, y de cooperación de las fuerzas aéreas, en 1951, especificando que una de las partes contratantes podía pedir a la otra la retirada de la misión militar y, por ende, el cese de la cooperación militar, por encontrarse el otro en un conflicto militar, ya fuera una guerra civil o una guerra contra otro Estado.

Les dije que a nosotros nos preocupaba grandemente el apoyo que los Estados Unidos estaban brindando a Batista: apoyo moral, político y militar, y que pese a que el Gobierno de ese país se había expresado públicamente como contrario a la venta y entrega de armas a Cuba desde marzo de 1958, a raíz de fuertes pronunciamientos en el Congreso, a Batista seguían dándole armas y municiones, con las cuales se bombardeaba y ametrallaba indiscriminadamente a la población civil en los territorios liberados, incluso en ciudades densamente pobladas, como había sido los casos de Cienfuegos y Sagua la Grande. Le manifesté que cuando estos bombardeos ocurrieron, en lugar de condenarlos, el Gobierno de los Estados Unidos condecoraba al jefe del Estado Mayor del Ejército, general Francisco Tabernilla, y que continuamente se estaba produciendo situaciones de las que se valía Batista para reforzar su imagen pública como de que tenía excelentes relaciones con los Estados Unidos, de lo que les mencioné la condecoración a Tabernilla, la participación de altos mandos militares norteamericanos en revistas militares, y las fotografías dedicadas, en los términos más elogiosos del Presidente Eisenhower, a Batista. Les puntualicé, incluso, que hacia unos días, cuando se había producido el fracaso total y vergonzoso de la ofensiva militar de Batista, este daba a la publicidad fotografías en las cuales aparecía un coronel del Ejército de los Estados Unidos enseñando y entrenando al Ejército cubano en el manejo de morteros, con los cuales se iba a atacar y combatir a la guerrilla.

Por supuesto, les dije que aquellas cosas en nada beneficiaban a los Estados Unidos, que dañaban el prestigio y la imagen de ese país, y que aquellas cosas, en especial la persistencia del apoyo bélico y la permanencia de la misión militar, significaban una intromisión en los asuntos internos de Cuba, lo que nosotros no aceptábamos. Reafirmé que la intervención de los Estados Unidos en nuestros asuntos era inaceptable, que no la admitíamos aunque fuera en nuestro favor, y que para el Movimiento 26 de Julio, la única actitud aceptable por parte

del Gobierno de los Estados Unidos era la más estricta y absoluta neutralidad.

Les dije, en concreto, que sólo porque los Estados Unidos no habían seguido una política de neutralidad, Batista había logrado sostenerse, y que si ellos se mostraban neutrales, su caída sería rápida, y los Estados Unidos no aparecerían comprometidos con una dictadura responsable de miles de asesinatos y torturas.

Suárez: ¿Qué dijo Kirkpatrick?

Buch: Muy poco. Casi nada. Eso sí, se mostró disgustado cuando yo le iba diciendo aquello, en especial cuando le referí lo de la condecoración a *Pancho* Tabernilla. Se daba cuenta de que estaban cometiendo un error.

Suárez: ¿Trataron el asunto de la base naval de Guantánamo?

Buch: Sí. Kirkpatrick estaba interesado en saber si alguna organización revolucionaria de las que habían firmado el Pacto de Caracas tenía en su programa la revisión del tratado bilateral sobre la concesión de aquella base. Yo le respondí que no; que ninguna de las organizaciones opositoras había proclamado la revisión del tratado como uno de sus puntos programáticos, y que en ese asunto la posición del Movimiento 26 de Julio era la de sostener el respeto de todos los tratados y convenios internacionales de la República. Eso sí, quedó claro de que el territorio de la base naval era una parte de Cuba, y de que nosotros no renunciábamos a él. Lo único que hacíamos nosotros en ese tema era no crear una situación de demanda inmediata por su devolución.

Si el Movimiento 26 de Julio hubiese lanzado entonces la consigna de revisión inmediata del tratado, en una situación de guerra con una dictadura que contaba con el apoyo de los Estados Unidos, el cual comenzaba a ser cercenado, no hubiese sido oportuno ni conveniente. Nuestro problema político más complejo de inmediato no era exactamente el de la usurpación del territorio de la base naval, sino la vulneración de la soberanía popular por parte de la tiranía. Cada cosa a su tiempo. Eso sí, le dije a Kirkpatrick que el uso que se le estaba dando a la base naval como centro de abastecimiento militar de la dictadura, y conflictos como el que se había creado en torno al acueducto de Yateritas, podían provocar que el tema de la devolución de la base naval se convirtiera de pronto en una consigna popular, en cuyo caso serían los Estados Unidos, por su comprometimiento con la dictadura,

los responsables de un giro de esa naturaleza. En lo que le dije, había muchos mensajes implícitos.

En cambio, le pregunté acerca de cuál era su opinión sobre la retirada de la Misión Militar de los Estados Unidos en Cuba. El hombre meditó y me dijo, con mucho dominio, que ese era un asunto que estaba en estudio por parte del Gobierno de los Estados Unidos. Después de agotar otros temas, él me preguntó que, además de la retirada de la Misión Militar, qué otra cosa nosotros queríamos por parte de los Estados Unidos. Le dije, tajantemente, que sólo queríamos por su parte la más absoluta neutralidad. Nada más que eso.

Suárez: Cuando usted se entrevista con Kirkpatrick en Caracas, la CIA y el Departamento de Estado, y eso lo han escrito varias veces en los Estados Unidos, estaban evaluando hacer un cambio de política en relación con Batista, que implicaba forzar su salida de Cuba o, por lo menos, negarle su apoyo. Limpiarse un poco las manos. Durante la entrevista, ¿trataron algo relacionado con la posibilidad del desplome de la dictadura? ¿Ofreció Kirkpatrick algo para una solución de la crisis cubana?

Buch: Eso era lógico. Para cuando nosotros nos entrevistamos en Caracas, pese a que la contraofensiva rebelde aún no era una, ¿cómo decir?, una tempestad, que acabara con la dictadura, sí está claro que Batista no gana la guerra, que la pierde, y a los Estados Unidos no les convenía aparecer totalmente comprometidos con el bando que irremediamente iba a perder; así que resolver la crisis cubana de manera que no triunfaran los elementos más radicales y antiimperialistas del país era un propósito de ellos, aunque tuvieran que distanciarse o romper con Batista. Pero tengo entendido de que, cuando me entrevistó con Kirkpatrick, la CIA no tenía claro que había que desechar a Batista. Todavía apostaban por él como su carta de triunfo, aunque ya estuvieran haciendo evaluaciones para producir un cambio de política, y Kirkpatrick, sin dudas, estaba tanteando, evaluando la situación.

Recuerdo que la última pregunta que me hizo fue sobre si nosotros aceptaríamos una mediación internacional, de países amigos —y citó a México y Venezuela—, para encontrar una solución al problema cubano. Yo ya le había enfatizado que de los Estados Unidos sólo queríamos la más absoluta neutralidad y que no queríamos intromisión alguna por parte de ese país, así que cuando me hizo esta pregunta sobre la probable mediación internacional, yo me limité a responderle preguntándole si era para que México y Venezuela mediaran

entre nosotros y Batista, dándole a entender de que con Batista nosotros no íbamos a sentarnos, para nada. Él entendió mi gesto y mi respuesta: Batista se tenía que ir o lo sacábamos, y punto. Eso quedó claro.

Por otra parte, él me preguntó acerca de si nosotros creíamos que el colapso de la dictadura —dijo Batista— se iba a producir por la intervención del Ejército, en lo que estaba implícita la idea de la aceptación norteamericana del colapso de la dictadura. Era un síntoma.

Suárez: ¿Usted, qué le contestó?

Buch: Lo que era la posición pública del Movimiento 26 de Julio, reiterada por Fidel en varias oportunidades: que no se aceptaría, bajo ningún concepto, la sustitución de Batista por una Junta Militar. Que eso era inaceptable.

Le manifesté también que ante nuestra victoria militar sobre la ofensiva que Batista había desarrollado tras la huelga de abril, era inevitable que se produjera el colapso y la descomposición del Ejército; que tal eventualidad estaba calculada, bien estudiada; que sabíamos que se podía producir un golpe de Estado, con el apoyo y la complicidad de Batista, o sin su intervención, pero que no íbamos a aceptar su resultado, y que en ese extremo, la posición del Movimiento 26 de Julio era clara y notoria.

Me pidió la opinión sobre el estado de conmoción que, en su criterio, se iba a producir si Batista caía, lo que posiblemente implicaría un baño de sangre. Le confirmé que la conmoción de la que él me hablaba era inevitable, pues los años de tiranía la condicionaban, y que la Revolución haría todo lo que de ella se podía esperar para mantener el orden y la propiedad, pues en ello iba la subsistencia misma del Gobierno Provisional; que por nosotros no iba a quedar ningún esfuerzo; que el Movimiento 26 de Julio, usando para ello a sus miles de milicianos y movilizándolo a sus simpatizantes y a los obreros, iba a garantizar el orden del país, y que me sorprendía la preocupación que su Gobierno mostraba por la posible emanación de sangre tras una victoria popular, pues hasta ese momento los Estados Unidos no se habían expresado preocupados ni consternados por la abundante sangre derramada por los asesinatos de la dictadura, por la muerte de cientos de los mejores hijos de nuestra tierra en defensa de la libertad y la democracia.

Además, le recordé de que cuando el Presidente Eisenhower, en calidad de jefe de las fuerzas militares aliadas, tomó la ciudad de París, no había logrado frenar la vindicta popular contra los fascistas y sus alia-

dos. Kirkpatrick admitió que él había estado en París en aquellos momentos. Fue entonces cuando le dije que me alegraba, pues así podría comprender las situaciones que se crean en esas circunstancias, pero que nosotros íbamos a mantener la mayor serenidad. La Revolución haría todo lo que de ella se podía esperar para evitar la venganza popular. Habría justicia.

Suárez: ¿Hizo preguntas indiscretas?

Buch: Por supuesto.

Suárez: ¿Cómo cuáles?

Buch: Que cuántos hombres sobre las armas teníamos en la Sierra Maestra; que si era cierta la cifra que ofrecía la prensa acerca de que en el Segundo Frente había entre cinco mil y seis mil rebeldes; que cómo estaban las comunicaciones entre Fidel y Raúl; que si entre ellos había diferencias, y que cuál era la fuerza del Partido Socialista Popular. Cosas por el estilo.

Suárez: ¿Y sus respuestas?

Buch: Que la cifra de hombres sobre las armas era un secreto militar, aunque le podía confirmar que tras la ofensiva de verano habíamos armado a más de quinientos rebeldes; que, incluso, habíamos equipado nuestro ejército con tres tanques con cañones de 37 milímetros; que las comunicaciones entre los dos frentes guerrilleros habían sido complejas, difíciles, pero que ya se había establecido comunicaciones radiales; que entre Fidel y Raúl no había divergencias, y que recordara que ellos eran hermanos.

Suárez: ¿Y sobre el Partido Socialista Popular? ¿Abordaron el tema del comunismo en Cuba?

Buch: Por supuesto. Eso era tema obligado en cualquier conversación con los norteamericanos. Preguntó acerca de qué relación tenía el Movimiento 26 de Julio con el comunismo; qué militancia tenía el Partido Socialista Popular; qué influencia lograba, y en cuáles sectores era más fuerte.

Suárez: ¿Y qué dijo usted?

Buch: Eso está en el informe que yo hice ese mismo día a Fidel. Le dije que el Partido Socialista Popular era muy débil; que había tenido relativa fuerza en el régimen anterior de Batista, del que formó parte en 1940; que controlaba algunos sectores obreros, como los gremios de los tipógrafos, los tabaqueros y algunos sectores agrícolas en la

rama azucarera; que tenía relativa fuerza en el movimiento obrero; que no participaba en la unidad (FCR), porque en su solicitud de adhesión al Pacto de Caracas se había manifestado por la posible solución de los problemas cubanos mediante un proceso electoral; que en eso estribaba la no participación de los comunistas en el Frente Cívico Revolucionario, pero que si la lucha se prolongaba, sin lugar a dudas los comunistas, sus pequeñas fuerzas, iban a participar en el derrocamiento de Batista.

Suárez: ¿Qué ocurrió después de la reunión?

Buch: Kirkpatrick agradeció la entrevista que habíamos sostenido. Me dijo que le había servido de mucho, pues había podido aclarar varias cosas que eran importantes para el interés que tenía su Gobierno en relación con el tema cubano. *Bill Patterson* y él se fueron hacia la Embajada y yo para la casa que ocupaba en Caracas, a redactar el informe que ese mismo día le hice llegar a Fidel en clave y a Haydée Santamaría y José Llanusa por correo.

Poco después, *Bill Patterson* se volvió a entrevistar conmigo y me transmitió que Kirkpatrick se sentía altamente complacido, y que, en su opinión, en opinión de *Bill Patterson*, la Misión Militar y el propio Embajador de los Estados Unidos en Cuba, Smith, serían retirados, lo que se derivaba del informe que Kirkpatrick acababa de preparar para su Gobierno, y que en su opinión sería conveniente que el Movimiento 26 de Julio “atacara” a la figura del Embajador en La Habana, porque ello obligaría, dada la complejidad de la situación cubana, a que lo llamaran a consultas a Washington, de cuyo viaje probablemente, no regresaría más a la capital cubana.

Suárez: ¿Qué le contestaron desde la Sierra Maestra?

Buch: Nada. Al informe que yo envié a Fidel, que es este documento con el cual me he auxiliado para responderte, no le hicieron ninguna observación, por lo que sobreentendí que estaban conformes con el resultado de la entrevista; y los “ataques” que *Bill Patterson* sugería contra el Embajador norteamericano en La Habana no se realizaron, seguramente para no hacer el juego a las intrigas y contradicciones en que se debatían los funcionarios del Departamento de Estado en relación con el conflicto cubano.

Suárez: Días después de la entrevista con Kirkpatrick, usted dirige doce preguntas al Departamento de Estado y se las responden. ¿Fue iniciativa suya o de Fidel?

Buch: ¿De Fidel? En modo alguno. Habían transcurrido quince días de nuestra entrevista con Kirkpatrick, cuando *Bill* Patterson se vuelve a comunicar conmigo y me transmite que ha recibido indicaciones del Departamento de Estado en el sentido de que se nos dijera que estaban en disposición de responder a doce preguntas que nosotros formuláramos.

Suárez: ¿Y con cuál propósito justificaban la sugerencia?

Buch: Ellos alegaban de que querían comenzar a intercambiar criterios con el Movimiento 26 de Julio, acerca del contenido de los planteamientos y temas que habíamos abordado en la conversación del hotel Tamanaco, el 18 de agosto.

Suárez: ¿Consultó esta vez con Fidel?

Buch: Tampoco. Debía asumir todas aquellas eventualidades, por supuesto, asumiendo la total responsabilidad por las equivocaciones y los fracasos. Formulé las doce preguntas sin consultar con Fidel ni con los miembros del Comité Ejecutivo de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio en la Sierra Maestra. Por teléfono, a Haydée Santamaría y a José Llanusa les informé de la petición, pero no del contenido de las preguntas, para no caer en indiscreción. Le dije a *Bill* Patterson que estaba de acuerdo con presentar el pliego de preguntas para el Departamento de Estado.

Rápidamente, preparé las doce preguntas y el día primero de septiembre se las entregué a *Bill* Patterson. Las respuestas llegaron once días después, el 12 de septiembre, por medio del mismo conducto.

Suárez: ¿Qué preguntó usted?

Buch: ¿Todas las preguntas?

Suárez: Sí, eso tiene un valor histórico indudable. Para comprender las relaciones entre la Revolución y los Estados Unidos, desde sus mismos orígenes, este tipo de cuestión es esencial.

Buch: La primera pregunta que yo les formulé era acerca del impacto que tendría la conversación con Kirkpatrick en relación con la Misión Militar en La Habana. Ellos respondieron que Kirkpatrick —no lo mencionan en el pliego de respuestas por su nombre— había presentado un informe en el cual había calificado nuestra entrevista como muy importante, de «extraordinaria importancia», pero que nada decía ni proponía en cuanto a la solución que era preciso darle a la Misión Militar.

Como Kirkpatrick se había interesado en saber cuál sería nuestra posición para un posible arreglo amistoso de la crisis nacional, les pregunté que cuáles eran «oficialmente» las bases de esa supuesta solución. Ellos contestaron que la pregunta de Kirkpatrick no era una pregunta oficial, sino de exploración de nuestra posición. En el caso de que se produjera la rendición de una de las partes, podría intentarse buscar alguna solución interviniendo amistosamente.

Yo me estoy concretando a reproducirte, simplificadaamente, las preguntas y sus respuestas, sin hacerte comentarios al margen ni interpretaciones, ¿de acuerdo?

Suárez: De acuerdo.

Buch: La tercera pregunta estaba relacionada con la situación que se había creado en el norte minero de Oriente, donde los gerentes norteamericanos de la *Nicaró* y la *Free Port* habían solicitado por aquellos días la retirada del Ejército de Batista de las tierras de sus empresas. Nuestras fuerzas habían avanzado en aquella dirección, así que la pregunta era acerca de cuáles garantías se le solicitaba al Ejército Rebelde.

Los funcionarios del Departamento de Estado contestaron que, efectivamente, los gerentes habían realizado aquellas gestiones; que habían formulado la petición de que los efectivos gubernamentales se retiraran de sus tierras, pero que Batista había estimado que una retirada total del Ejército de aquella región iba a ser entendido como un gesto de debilidad del Gobierno, por lo que la retirada había estado ocurriendo de forma paulatina, comenzando por las guarniciones menos numerosas, y que el Gobierno de los Estados Unidos esperaba una retirada definitiva de las tropas gubernamentales, pero que la gestión que habían realizado los gerentes de aquellas empresas del Gobierno de los Estados Unidos —porque eran empresas propiedad del Gobierno yanqui— no había sido una gestión oficial, pues los gerentes no actuaron en nombre del Gobierno, dado que las empresas funcionaban como si se tratara de entidades privadas. En fin, eludieron responder nuestra pregunta acerca de cuáles garantías solicitaban de nuestras fuerzas. Se limitaron a relatar esto y a pedir que se les proporcionara un informe de cómo estaban las fuerzas en aquella zona.

La cuarta pregunta era bastante directa e indiscreta por nuestra parte. Les pregunté acerca de si tenían noticias sobre la posibilidad de un golpe de Estado, de un golpe militar en Cuba. Ellos contestaron afirmativamente, y recalcaron que entre la alta oficialidad se dudaba en cuanto a la efectividad de una maniobra de este tipo, pues aunque

fuera ejecutado por oficiales como Eulogio Cantillo y Martín Díaz Tamayo, quienes habían mantenido una posición especial, no maculada, la Junta Militar sería de todos modos muy breve, pues sería inevitable el que en un plazo de entre cuarenta y ocho y setenta y dos horas se viera obligada a entregar el poder a la Revolución, y que, en su opinión, los militares de alta graduación estaban temerosos de dar un golpe de Estado, ya que creían que solamente tendría alguna posibilidad un golpe militar de oficiales de baja graduación.

Tú sabes que la apreciación que hacían en septiembre acerca del tiempo que podía durar una Junta Militar que derrocar a Batista, de entre cuarenta y ocho y setenta y dos horas, casi se cumple, pues el primero de enero de 1959, cuatro meses después, cuando Cantillo y, posteriormente Barquín, sustituyen a Batista, duraron unas pocas horas.

Les pregunté acerca de cuál sería la posición del Gobierno de los Estados Unidos en el caso de que el doctor Manuel Urrutia constituyera un Gobierno en Armas en el territorio libre de Cuba. Contestaron en dos sentidos: primero, si Urrutia constituía gobierno en territorio libre, y segundo, si lo constituía en La Habana.

En el caso de que Urrutia llegara a la Sierra Maestra y se proclamara la constitución de un Gobierno en Armas, sin sede fija, ellos observarían la forma en que este se condujera en cuanto al mantenimiento del orden y en relación con el control efectivo del territorio liberado, y en caso de que el control de parte del territorio nacional fuera efectivo, entonces, decían en su respuesta, el asunto sería motivo de estudio, estudiarían la posibilidad de reconocer la beligerancia nuestra.

Suárez: ¿Qué es *control efectivo*?

Buch: Discúlpame; el documento de respuesta no usa exactamente el término *control efectivo*, sino *control absoluto*, entendiéndose por este el que las fuerzas militares de Batista se retiraran del territorio rebelde sin que pudieran transitar por allí.

Suárez: ¿Y cuál era la posición del Departamento de Estado para el caso de que el doctor Urrutia constituyera el Gobierno en Armas en La Habana?

Buch: Para ese caso, ofrecían el reconocimiento oficial si el Gobierno de Urrutia cumplía con los requisitos de mantener el orden público y reconocer los compromisos internacionales de la República; lo reconocerían en un plazo de cuarenta y ocho a setenta y dos horas.

En relación con esto, fue también la respuesta que me dieron a la pregunta que les hice en cuanto a la posibilidad de que el Embajador Smith no regresara más al ejercicio de su cargo en La Habana, a raíz de una visita que por aquellos días había realizado a los Estados Unidos. Ellos contestaron de que si Batista caía y la Revolución tomaba el poder, el Embajador sería relevado de su cargo de inmediato, y de que la otra posibilidad de sustitución era de que se produjera en los Estados Unidos un cambio de Gobierno, lo cual podía ocurrir en cualquier momento, pues el Presidente de los Estados Unidos, Dwight Eisenhower, estaba muy enfermo y se esperaba su fallecimiento de un momento a otro.

Lo que ocurrió, tú lo conoces. Eisenhower vivió hasta el final de su mandato, con lo cual fue el Presidente yanqui con el que se inauguró la Revolución, y a Smith lo relevaron por Philip Bonsal, tras el derrocamiento de Batista; y ellos produjeron el reconocimiento del Gobierno Revolucionario apenas este se estableció en el Palacio Presidencial de La Habana.

Las preguntas siete, ocho y nueve estuvieron relacionadas con las acciones y gestiones de Batista encaminadas a obtener armas.

En marzo de 1958, los norteamericanos habían decretado un embargo de armas, que no cumplieron, lo que desencadenó más de una protesta y una acción nuestra. ¿Te acuerdas de la Orden Militar 30 de Raúl, que llevó al episodio de las detenciones y la retención de los norteamericanos y canadienses? Pues, por aquellos días, el Gobierno de Batista había solicitado de los Estados Unidos la suspensión del embargo de armas. Así que se los planteo. La respuesta fue de lo más interesante. Contestaron que mientras la Revolución tuviera fuerza, el embargo se mantendría. El razonamiento era muy típico: mantendrían el embargo «por el simple motivo de que no les conviene, pues entregarle armas a Batista tendría no sólo la repulsa de Cuba, sino del resto de América».

A la pregunta nuestra de qué actitud asumirían ellos ante las declaraciones de Batista en el sentido de que ya las armas habían sido pagadas, por lo que eran propiedad del Gobierno cubano, los funcionarios del Departamento de Estado contestaron de que no le harían caso alguno, ya que la solicitud no tenía vigencia, y que si había pagado las armas, se le devolvería el dinero.

Suárez: Pero está probado que después de marzo de 1958, aunque en menor cuantía, Batista siguió recibiendo armas.

Buch: Eso no tiene duda alguna. Hasta se obtuvo fotografías de los embarques de armas desde la base naval de Guantánamo. Es verdad de que Batista comenzó a tener dificultades para abastecerse de armas y pertrechos, por lo que recurrió a comprar armas en la República Dominicana, con Trujillo; en Nicaragua, con Somoza, y en Europa. También pregunté al Departamento de Estado si conocían ellos de estas operaciones.

Contestaron que sabían de que Batista había logrado adquirir dos aviones cargados con armas y pertrechos en la República Dominicana, pero que no había podido conseguirlas aún en Nicaragua, ni en Europa. Mira, no sé hasta dónde la respuesta es verídica, pues cuando triunfó la Revolución, a los pocos días llegó un barco con armas europeas, las que había comprado Batista en los meses anteriores a su derrocamiento. ¿A que tú no te imaginas qué le agregaron a la respuesta que me ofrecieron sobre este punto?

Suárez: ¿Qué?

Buch: Si Batista adquiría las armas en cantidad considerable en los países socialistas, ello sería una buena razón para proceder a retirar la Misión Militar. A ellos no les importaba que Batista usara armas occidentales para matar cubanos; ahora, ¡que no fueran armas comunistas! ¡Eso sí que no lo permitirían! ¡Cínicos!

Como la zafra azucarera de 1959 se aproximaba, les pregunté qué pensaban ellos en relación con las posibilidades de desarrollarla en los centrales que eran propiedad de norteamericanos. Contestaron que estaban expectantes, pues si la guerra continuaba se iba a producir interrupciones, pero que si Batista caía, la zafra podría desarrollarse, y que los intereses norteamericanos afectados iban a trabajar por encontrar una solución antes de que comenzara la zafra.

Batista había seguido la política de enviar tropas regulares a los centrales azucareros, con el fin de controlar la situación y garantizar que la zafra, de cuyo éxito dependía para financiar la guerra, pudiera llevarse a cabo. Les pregunté a los norteamericanos que si ellos creían que esta política de Batista de militarizar la zafra, que, dada la situación de guerra civil, implicaba trasladar la guerra a las propiedades azucareras, ofrecía garantías a los propietarios azucareros norteamericanos. Contestaron de que, en su opinión, la decisión de Batista no ofrecía garantía alguna, todo lo contrario, pero que ellos no tenían control sobre el asunto.

Y la pregunta final que les hice estaba relacionada con la última gran maniobra política de Batista: las elecciones del 3 de noviembre, ya que aquello era una farsa completa. Les pregunté cuál sería la posición de los Estados Unidos frente a la farsa y si reconocerían al nuevo Gobierno, aún cuando no controlaba todo el territorio nacional y en el país hubiera un estado de guerra civil.

Contestaron de que ellos se percataban, incluso el Embajador Smith, de que las elecciones no eran ninguna solución para la crisis cubana. Es más, en su respuesta asumieron el calificativo que dimos para referirnos a las elecciones de noviembre. Dijeron que comprendían que aquello era una *farsa* y que no representaba una solución, pero que ellos, conforme con las prácticas diplomáticas, reconocían al Gobierno de Batista y que lo seguirían reconociendo, y, pese a todo, continuarían reconociendo al Gobierno cubano; o sea, reconocerían al nuevo Gobierno, a aquel que surgiera de la farsa, aunque aceptaban que no era una solución al problema nuestro.

Esto es todo lo que hay acerca de este intercambio de cuestionario por respuestas. No se ha quedado nada.

Suárez: Cuando recibió la respuesta del Departamento de Estado, ¿qué hizo?

Buch: Pasarle todo aquello a Fidel por medio de los cifrados, así como también a Haydée Santamaría y José Llanusa.

Suárez: ¿Fidel le hizo algún comentario?

Buch: Ninguno. Aceptó lo que yo había hecho. Lo mismo ocurrió con Llanusa y Haydée.

Suárez: Después de esto que me ha contado, seguramente se mantuvieron los contactos con *Bill* Patterson, hasta que usted vino para la Sierra Maestra con el doctor Urrutia, ¿no?

Buch: Sí. Las relaciones con Patterson continuaron, dentro del respeto mutuo. Nuestras conversaciones, de cuyo contenido yo tenía continuamente al tanto a Fidel por medio de los cifrados, las realizábamos, generalmente, en la cafetería Campos Elíseos con el pretexto de tomarnos un “cortadito”, o sea, un café. Yo jamás visité la Embajada de los Estados Unidos en Caracas.

Suárez: ¿Siempre hablaban de cosas concretas?

Buch: No, no siempre. Hablábamos de diferentes temas: de la marcha de la guerra, de la situación política en Cuba y en Venezuela, y

sobre las posiciones de algunos funcionarios de su Gobierno en relación con Cuba.

Suárez: Me da la impresión de que *Bill* Patterson simpatizaba con el Movimiento 26 de Julio.

Buch: Estimo que la posición de *Bill* Patterson era constructiva en relación con la Revolución. Hostil no fue, pese a que tuvimos que discutir temas bien complejos desde posiciones encontradas. Con Batista, sí es verdad que no tenía ningún punto de contacto o de simpatía. Es posible decir de que se mostró a veces como próximo a simpatizar con la Revolución Cubana, y es muy posible que esto haya influido en su separación del cargo.

Suárez: ¿Cuándo fue separado del cargo?

Buch: Pasados algunos meses después del triunfo de la Revolución, recibí una breve carta de Patterson, comunicándome que su trabajo en el Departamento de Estado había terminado, y que estaba haciendo gestiones con la firma Bacardí para trabajar en La Florida o Puerto Rico, por lo que, si tenía necesidad de venir a Cuba, esperaba de mis buenos oficios. Parece que no fue necesario dicho viaje pues no he tenido mas noticias de él.

Con Patterson, en todo el tiempo que yo lo traté en Caracas, hubo muy buena comunicación, y te puedo decir que él llegó a tener noticias muy confidenciales sobre el apoyo que nosotros teníamos en Venezuela y de las actividades conspirativas nuestras, y a mis oídos nunca llegó el rumor o la noticia de que los Estados Unidos, como acostumbraban, transmitieran al Gobierno de Venezuela su preocupación o protesta por la ayuda que *Bill* brindaba a la Revolución Cubana.

En una de nuestras entrevistas, Patterson ofreció, en nombre de su Gobierno, facilitarnos la cantidad de mil fusiles M-1 con su correspondiente parque, lo que sería entregado al Ejército Rebelde utilizando la base naval de Guantánamo. Me negué rotundamente a aceptar el ofrecimiento. Le recordé nuestra diáfana posición en la entrevista que sostuve con Lyman Kirkpatrick, en la que Patterson había estado presente, y en la cual yo había manifestado que lo único que queríamos de los Estados Unidos era la más absoluta neutralidad.

En otra oportunidad, Patterson se refirió al estudio que realizaba su Gobierno para enviar un representante ante el Gobierno Revolucionario cuando se constituyera en Armas. Me comentó que, quizás, él fuese designado.

Suárez: ¿Usted, qué le contestó?

Buch: Al planteamiento no opuse reparo, todo lo contrario; le dije que tal decisión representaría el reconocimiento oficial por parte de ellos a la existencia de la guerra civil en Cuba, como realmente acontecía, lo que supondría el reconocimiento de la beligerancia del Ejército Rebelde, algo que su país no hizo en el siglo pasado con el Ejército Libertador.

En esta conversación que te cuento, *Bill Patterson* llegó incluso a exponerme la manera en que, según él, podía llegar a la Sierra Maestra. Me dijo que, llegado el momento, su Gobierno pondría a nuestra disposición una avioneta que partiría del sur de los Estados Unidos o desde la base naval de Guantánamo y que lo conduciría a la Sierra Maestra. Por supuesto, me negué. Le dije que, llegado el momento, la nave aérea a utilizar sería puesta por el Movimiento 26 de Julio, saldría de Venezuela, y que, para mayor seguridad, yo lo acompañaría.

Suárez: ¿Qué ocurrió con estos contactos y manejos cuando usted fue para la Sierra Maestra, en diciembre de 1958?

Buch: Nuestras conversaciones quedaron en suspenso —aunque no interrumpidas— cuando partimos para la Sierra Maestra, el 6 de diciembre de 1958, conduciendo el armamento donado por Wolfgang Larrazábal. El contacto con *Bill Patterson* continuó por medio de Gerardo Pérez-Puelles Ezpeleta, quien quedó entonces como coordinador general y responsable de Relaciones Públicas del Comité del Exilio, también con residencia en Caracas.

Suárez: De todo esto relacionado con los yanquis, me queda una pregunta. En su criterio, ¿qué buscaban los norteamericanos con esta aproximación de mediados de 1958?

Buch: Los insistentes esfuerzos por aproximarse, por explorar, por conocer nuestra manera de conducir los asuntos de la guerra y de proyectarnos políticamente apuntaban, evidentemente, en una única dirección. Ellos vislumbraban con seguridad el ya cercano derrocamiento de la dictadura, y bajo el gesto de oferta de ayuda, enmascaraban el propósito de ganar méritos para provechos futuros. Esperaban crear una situación de agradecimiento por parte de las fuerzas revolucionarias que les permitiera en el futuro ejercer algún grado de influencia en el curso de los acontecimientos nacionales.

En la perspectiva del tiempo transcurrido, se aprecia claramente que aquello obedeció a un plan. Ese acercamiento formaba parte de un

plan a desarrollar directamente por funcionarios de la CIA y del Departamento de Estado, o indirectamente, como fue en el caso de la ayuda que le prestaron a un avión del Movimiento 26 de Julio en la base naval de Guantánamo.

Suárez: ¿Cómo es esto?

Buch: Estando preso Pedro Luis Díaz Lanz en México con motivo del fracaso de una expedición aérea desde ese país, Ricardo Lorié organizó una supuesta expedición aérea que conduciría armas para la Sierra Maestra, sin comunicármelo, a fin de que por medio de cifrados se coordinara el lugar, día y la hora de llegada, como se había efectuado anteriormente. Lorié informó de que había volado a la Sierra Maestra, pero que no pudo lograr descubrir ningún aeropuerto, lanzando los equipos en territorio liberado y, como escaseaba el combustible, decidió aterrizar en uno de los aeropuertos de la base naval, donde habilitó de combustible el avión. De tal acontecimiento me enteré por *Bill Patterson*, quien me comunicó la ayuda prestada. Lorié le comunicó a Fidel, por conducto nuestro, el lanzamiento de las armas y se cursó cifrados, y en uno Fidel le dijo que se había registrado toda la Sierra Maestra y no se había encontrado nada. Tampoco, que sepamos, el Ejército los halló. Yo creí en la buena fe de Lorié hasta el triunfo de la Revolución, cuando regresó a Cuba, estuvo por breve tiempo y marchó de nuevo al extranjero, convertido ya en un contrarrevolucionario. Entonces, supuse que todo esto había sido un engaño y que Lorié se apropió de una buena suma de dinero. Ello es un criterio muy personal.

Suárez: Ustedes lograron ubicar a un agente dentro de la Embajada de Cuba en Washington, ¿cierto?

Buch: Sí. En Washington, al igual que en las demás grandes ciudades de los Estados Unidos, nosotros constituimos un Comité del Movimiento 26 de Julio. El Comité de Washington estaba presidido por Ernesto Betancourt, el mismo que después se convierte en un traidor a la Revolución y se pone al servicio del imperio contra su patria, sirviendo como director de Radio y Televisión Martí.

Un cuñado de Betancourt, Ángel Saavedra, quien era sargento mecánografo, trabajaba en esta condición en la oficina del agregado militar de la Embajada de Cuba en Washington. En realidad, Ángel Saavedra cooperaba con el Movimiento 26 de Julio. Nos prestó un gran servicio, pues nos informaba sobre las actividades y los movimientos del coronel Ferrer Guerra, y en especial sobre las gestiones que este reali-

zaba ante las autoridades yanquis para adquirir equipos y material militar, y de las instrucciones que recibía desde La Habana.

Suárez: ¿Fue Saavedra quién proporcionó a ustedes el informe del agregado militar, que ustedes usaron por Radio Rebelde en octubre de 1958?

Buch: Sí. Un día Saavedra le hizo llegar a Betancourt una copia original del informe que el coronel Ferrer Guerra había dirigido al general Francisco Tabernilla Dolz, jefe del Estado Mayor Conjunto, comunicándole haber sostenido una entrevista con dos generales del Ejército de los Estados Unidos, uno de cuatro estrellas y el otro de dos, quienes ocupaban puestos importantes en las instituciones militares norteamericanas para América Latina. En el informe se hacía patente de que estos altos oficiales se mostraban críticos del embargo de armas, al que tildaban de “estúpido y perjudicial” para los intereses norteamericanos y cubanos, porque obligaba a Batista a acudir al mercado de armas de Europa en lugar de a los consorcios norteamericanos. En el informe se hacía constar la opinión de estos generales en el sentido de que el Departamento de Estado, en especial el subsecretario para Latinoamérica, Roy Rubottom, había cedido por miedo a las críticas de varios congresistas, entre los que señaló a Porter y Morse; y que, sin embargo, el Embajador en La Habana, *mister* Smith, era un “valioso” cooperador de las Fuerzas Armadas en su pugna con el Departamento de Estado por el asunto del embargo de armas.

Por supuesto, apenas nos llegó la copia de aquel informe, la pasé por cifrado a Fidel, quien acordó que se le diera publicidad por medio de Radio Rebelde. Cuando fue conocido públicamente en las esferas militares y gubernamentales, se armó la algarabía y la desconfianza. ¿Cómo era posible que desde la Sierra Maestra se diera a la publicidad el texto exacto de un informe confidencial del agregado militar cubano en los Estados Unidos al jefe del Estado Mayor Conjunto?

Batista ordenó una amplia investigación. El coronel Ferrer Guerra fue llamado a La Habana. El hombre dijo que en la Embajada se tomaba todas las medidas de precaución y compartimentación necesarias para evitar que se filtrase cualquier tipo de información que fuera a comprometer al Gobierno cubano, y que el informe había sido remitido por valija oficial, por lo que era imposible que en el trayecto hubiesen sustraído y copiado el informe y luego vuelto a poner en la valija. Al triunfo de la Revolución me contaron varios oficiales batistianos que, tratando de determinar qué había ocurrido, examinaron cuidadosamente el sobre, que venía lacrado, y el cuño oficial, donde venía el informe,

advirtiéndose que este no había sufrido ningún tipo de rotura o procedimiento que hubiera sido utilizado para conocer su contenido, y que en la Embajada de Cuba había una copia en la caja de seguridad. En conclusión, que la filtración debió ocurrir en el campamento de Columbia. En definitiva, la investigación no condujo al autor de la filtración. No pudieron descubrir a Ángel Saavedra.

Suárez: La revelación de las diferencias y pugnas entre el Departamento de Estado y el Pentágono por la cuestión del embargo de armas debe haber provocado algún tipo de reacción de los Estados Unidos.

Buch: Claro. Al día siguiente de haberse dado a la publicidad el informe, *Bill Patterson*, bien temprano en la mañana, fue a mi casa. Como yo tenía previsto que él fuera a entrevistarse conmigo, había sacado fotocopia del documento. Se excusó por la visita en horas tan tempranas —sería como las siete de la mañana—, y le dije que le tenía preparada una copia, a fin de que no tuviese dudas de su legitimidad.

Por supuesto, que me referí en los peores términos a la incapacidad e irresponsabilidad de los agentes del Gobierno cubano, pues este tipo de información tan confidencial era preciso darla personalmente o mediante cifrados, pero no de la manera en que lo habían hecho. La única medida que Ferrer Guerra había adoptado era no relacionar el nombre de los generales, pero estos eran fáciles de identificar, por ser señalados como responsables de las relaciones con Latinoamérica.

Ahora bien, en Washington se produjo un gran revuelo, pues el informe cayó como una bomba, ya que dos generales del Pentágono se permitían enjuiciar, malintencionadamente, la posición de dos congresistas. De igual manera, el Departamento de Estado se sentía aludido al referirse a la posición del Embajador en La Habana como aliado del Pentágono y contraria al Departamento del cual dependía, que era el propio de Estado.

Estos generales acusaban prácticamente de cobardía al subsecretario de Estado, Roy Rubottom, porque no manifestaba su opinión favorable para entregar armas a Batista, por temor a las críticas que le podían hacer en el Congreso los señores Porter y Morse.

Bill Patterson luego me comunicó que, tanto Morse como Porter, habían protestado enérgicamente en sus respectivos cuerpos legislativos por las opiniones vertidas por estos dos generales del Pentágono. El asunto determinó que el Senado aprobara la creación de una subcomisión investigadora.

Pocos días antes de que yo viajara con el doctor Urrutia para la Sierra Maestra, tuve un nuevo encuentro con Patterson, en el que me comunicó que la subcomisión se había constituido, por lo cual seguramente me llamarían en calidad de testigo. Él desconocía que yo estaba preparando la salida para la Sierra Maestra.

Suárez: ¿Qué acordó esa subcomisión?

Buch: Lo desconozco. Ignoro si llegó a concluir sus trabajos o si se deshizo cuando triunfó la Revolución. Yo vine para la Sierra Maestra y no le di seguimiento a este asunto.

Suárez: En sus memorias, el Embajador Smith dice que él estaba convencido de que ustedes tenían espías en la Embajada cubana en Washington. Dice, incluso, que él sugirió al Embajador de Cuba que destituyera a todo el personal de la Embajada y contratara nuevos funcionarios.

Buch: Batista, posiblemente, no haya tenido un tipo más leal que Smith. De eso, que no te quepa la menor duda.

Suárez: Pero ustedes lograron dividir a los funcionarios del Departamento de Estado.

Buch: Ciertamente. En el Departamento de Estado había un grupo de funcionarios que era favorable a deshacerse de Batista y tener relaciones oficiosas con el Movimiento 26 de Julio, y otro grupo radicalmente contrario. De todos modos, todos ellos estaban atemorizados frente al nuevo fenómeno político, totalmente inusitado, que era el Movimiento 26 de Julio y su cuerpo armado, el Ejército Rebelde. Estaban desconcertados, de verdad.

Suárez: En octubre de 1958, las relaciones entre el Movimiento 26 de Julio y los Estados Unidos tuvieron grandes fricciones. ¿Me puede comentar, desde su perspectiva, lo relacionado con el incidente de Nicaragua?

Buch: Este incidente del que hablas no es accidental; es un incidente, perfectamente calculado, alevoso...

Suárez: Está precedido por la retención de dos empleados de la *Texaco* en Santiago de Cuba, ¿no?

Buch: Te explico. No obstante habérseles frustrado tan lastimosamente el anhelo de crear las condiciones propicias para provocar la intervención del Ejército de los Estados Unidos en nuestro conflicto, por lo

ocurrido en el acueducto de Yateritas, Batista y Smith, y todos los que como estos odiaban profundamente al proceso revolucionario en Cuba y estaban comprometidos con el dictador, persistieron en el propósito de fabricar otro pretexto para lograr la intervención.

Pues bien, cuando comienza la ofensiva rebelde, tropas del Tercer Frente, subordinadas al comandante Juan Almeida, se apostaron en la carretera que llevaba a la refinería de petróleo de la *Texaco*, en las proximidades de Santiago de Cuba, con la intención de atacar alguna patrulla enemiga cuando se moviera por aquella carretera. Un grupo de empleados de aquella compañía vio la emboscada, detectó a nuestros compañeros cuando estaban esperando al enemigo, y por esta razón los rebeldes procedieron a la detención transitoria de aquellas personas, para evitar, lógicamente, que con una delación o una indiscreción fueran a malograr la acción en marcha. Entre los retenidos había dos empleados de nacionalidad norteamericana. En realidad, estuvieron retenidos muy poco tiempo, lo imprescindible como para culminar la acción sin pérdidas para la guerrilla. Se les puso en libertad, incondicionalmente.

Pues bien, esto fue suficiente para que los elementos más recalcitrantes del Departamento de Estado, en concreto, el vocero Lincoln White, realizaran declaraciones, insultantes, groseras, amenazadoras. Fueron declaraciones realmente de abierto carácter intervencionista.

Suárez: Esas son las declaraciones que provocan las manifestaciones de Fidel por Radio Rebelde, fijando posiciones bien claras, de principios, sobre cómo...

Buch: Desde la Sierra Maestra y también desde Caracas, fueron rechazadas con toda energía y dignidad las declaraciones infundiosas e intervencionistas de *mister* White. Las manifestaciones de Fidel fueron enérgicas. En ellas, no sólo se analiza y enjuicia las declaraciones de White sobre el incidente de la *Texaco*, sino también la maniobra Smith-Batista en Nicaro. Después de las manifestaciones de Fidel, el Departamento de Estado hizo algún esfuerzo por suavizar el lenguaje utilizado por White, pero ya el conflicto estaba planteado.

Suárez: ¿Qué ocurrió en Nicaro, que usted asegura de que se trata de una maniobra de Smith y Batista?

Buch: El 20 de octubre se produce una incursión de dos guerrilleros al poblado de Nicaro, donde había una planta de níquel propiedad del Gobierno de los Estados Unidos. Estos compañeros son acorralados y

están a punto de ser apresados, pero un grupo de como quince rebeldes abre fuego contra las posiciones del Ejército, para facilitar la huida de los dos guerrilleros, quienes estaban cercados en la península de Nicaro. Esto se logra, y los rebeldes se retiran. En eso consiste el incidente armado. Sin embargo, más tarde a la guerrilla le llega la noticia de que las fuerzas del Ejército se han retirado de Nicaro con rumbo a Antilla. De inmediato, la guerrilla baja a Nicaro y ocupa la población, con la intención de conservarla.

¿Por qué es una maniobra de Smith y Batista? Muy sencillo. El Ejército evacua Nicaro sin necesidad, porque cuando lo hace no está realmente bajo presión militar y, sin embargo, desde Antilla comienza rápidamente a preparar una incursión por mar a Nicaro, con la intención de desalojar a las fuerzas rebeldes, que han ocupado las posiciones abandonadas. Por supuesto, en los días siguientes, el comandante Raúl Castro dispuso todo lo necesario para repeler al Ejército, viniera este por tierra o viniera por mar.

El Ejército se negó a permitir la evacuación de los civiles norteamericanos que se hallaban en Nicaro. Era evidente que la tiranía buscaba que ocurriese un enfrentamiento, con el saldo de muerte que eso pudiera implicar, incluyendo, lógicamente, a ciudadanos de los Estados Unidos y la destrucción de los equipos industriales propiedad de ese país. Ello justificaría un desembarco de *marines*.

Incluso, cuando los rebeldes retiran las minas que se ha colocado para evitar el paso de una fragata al interior de la bahía de Nicaro, queriendo permitir que se produzca la evacuación de los civiles mediante dos embarcaciones que se ha enviado desde la base naval de Guantánamo, la fragata *Antonio Maceo*, con una compañía de soldados a bordo, entra a la bahía, y se produce un gran intercambio de disparos de alto calibre y de fusilería. Allí había grandes reservas de amoníaco, que estaban en peligro de estallar, y si esto sucedía, desaparecería el pueblo. La situación era bien aguda.

Es en esas circunstancias, con los antecedentes que te he estado contando hoy, en que se produce entonces las declaraciones de Fidel.

Suárez: ¿Qué dice Fidel?

Buch: Denuncia esto que te he dicho, como una maniobra de Batista y Smith y de otros altos funcionarios del Departamento de Estado para provocar y facilitar la intervención de los Estados Unidos en Cuba. Denuncia esta maniobra como continuación de la que se dio en torno

al acueducto de Yateritas. Fidel denuncia particularmente la andanada de White contra nosotros, donde este nos acusaba de secuestradores, por el incidente de la *Texaco* de Santiago de Cuba, y la coincidencia de que junto con esto se produzca la situación en Nicaro, donde se quería fabricar una provocación que justificara la intervención militar de los Estados Unidos en Cuba. Hay una parte de esas declaraciones de Fidel que es muy convincente, y es cuando dice que si la retención de dos norteamericanos por razones de fuerza mayor, fortuitamente, es un atentado a la civilización, como había afirmado Lincoln White, ¿cómo habría que calificar la muerte de tantos cubanos indefensos e inocentes con las bombas, las armas y los aviones que los Estados Unidos daban a Batista? Fidel contesta que los cubanos somos tan seres humanos como los norteamericanos, sólo que nunca un norteamericano había muerto por bombas lanzadas por aviones y por armas disparadas por cubanos.

Fidel, en fin, afirma que Cuba desea tener con los Estados Unidos las mejores relaciones de amistad, y que es nuestro propósito evitar que surja entre los dos países un conflicto que no pueda ser resuelto conforme con la razón y el derecho de los pueblos, pero que si los Estados Unidos cometieran, por las intrigas de determinados individuos, algún acto que lesionara la soberanía cubana, los revolucionarios cubanos defenderían al país costara lo que costara, advirtiendo que el lenguaje amenazante podía funcionar para cobardes y sumisos, pero no para los que en Cuba estaban dispuestos a morir en defensa del país. ¡Fíjate que estas declaraciones de Fidel son antes de que triunfe la Revolución!, cuando aún se estaba luchando en la Sierra Maestra, pero valen para todo lo que ocurrió después del triunfo.

Suárez: ¿Cómo se resuelve el conflicto?

Buch: Convencidos de que producir un enfrentamiento de incalculables consecuencias en Nicaro sólo podía servir a los que querían ver al país invadido, Fidel y Raúl dispusieron la retirada de las fuerzas guerrilleras de la zona. Dos meses después, entró el Ejército Rebelde triunfante en Nicaro y en toda la República, para no salir más.